

del hombre, surge seguramente ese afán, no exento de fascinación, por todo lo que al mito concierne, desde su formulación literaria hasta su origen, desde su presentación formal hasta su fecunda imaginación creativa, desde su conexión con la religión hasta el hondo deseo humano de desmitificación.

A las dos objetivos, nada menos, trata de responder el profesor Acevedo con su obra desde sin recatarse al confesarnos que la realiza «desde la personal necesidad de una teoría sobre el mito», que el lector hace suya desde las primeras páginas del libro. Estamos así directamente, sin mediación alguna, ante una búsqueda intelectualmente rigurosa de *la racionalidad del mito*, como hipótesis para explicar la relación entre mito y conocimiento.

Javier Fernández Vallina

STEGEMANN, HARTMUT, *Los esenios, Qumrán, Juan Bautista y Jesús* (Colección Escrituras y Procesos, serie Religión) Editorial Trotta, Madrid 1996, 315 pp., traducción de Rufino Godoy (Título original *Die Essener, Qumran, Johannes der Täufer und Jesus. Ein Sachbuch*, Herder, Friburg, 1993)

La editorial Trotta ha tenido la feliz idea de hacer accesible al público de lengua castellana el libro de Hartmut Stegemann sobre los manuscritos del Mar Muerto, libro que ha tenido un gran éxito en Alemania. La editorial madrileña se ha anticipado así a la aparición de la traducción inglesa del libro, anunciada hace más de dos años, pero que aún no ha visto la luz. Con esta decisión, la editorial ha rendido sin duda alguna un gran servicio a sus lectores, puesto que si bien ellos tenían ya a su alcance en la misma editorial una traducción completa de los textos de Qumrán, no existía aún en castellano una traducción competente y accesible a los mismos. El libro de Stegemann es ambas cosas: es un libro competente, escrito con gran rigor y con un conocimiento inmenso de la materia; es un libro fácilmente accesible que se lee con agrado y la facilidad de una obra de ficción. Gracias a estas dos cualidades constituye una excelente introducción en la materia, aunque no pretende ser, ni lo es, una introducción a los textos mismos.

Su título especifica ya que el libro se dedica a un tema más amplio que el de los manuscritos de Qumrán, y el orden en el que aparecen los distintos componentes refleja la respectiva importancia y la amplitud decreciente con la que son tratados los distintos temas: Esenios, Qumrán, el Bautista y Jesús. El original alemán lleva un subtítulo omitido en la traducción (*Ein Sachbuch*), subtítulo que definía perfectamente la intención de su autor: proporcionar datos, pero que, como veremos, difícilmente puede aplicarse al resultado final.

Los tres primeros capítulos nos dan un resumen excelente de los descubrimientos y su publicación (pp. 9-14), de la antigüedad de los manuscritos (pp. 21-44), con una crítica tan certera como mordaz y destructiva de los libros de Baignet-Leight, B. Thiering y Eisanman-Wise que han tenido un éxito editorial inversamente proporcional a la solidez de su contenido. El capítulo 4 (pp. 45-70) presenta los resultados de las excavaciones Khirbet Qumran y de 'Ain Feshka, junto con las interpretaciones que Stegemann propone sobre el empleo de las diversas construcciones ('Ain Feshka sería una fábrica de producción de manuscritos según una nueva técnica,

y que Qumrán es una especie de casa editorial). El capítulo 5 (pp. 71-94) describe cada una de las once cuevas de manuscritos y sus relaciones con la ocupación de Qumrán (en la Cueva 1 habrían sido depositados los *rollos maestros*, utilizados como modelos para realizar otras copias, la cueva 3 habría sido descubierta ya por los caraitas, mientras que las cuevas 7, 8 y 9 habrían sido expoliadas en la época de Orígenes). El capítulo 6 (pp. 95-156) se ocupa del contenido del contenido y la función de la Biblioteca y proporciona una descripción compacta y clara de los diversos tipos de textos recuperados; para Stegemann, que calcula en unos mil el total de los volúmenes contenidos en esa Biblioteca, únicamente unas cincuenta composiciones serían presencias y a los esenios mismos solamente se les podría atribuir la autoría de unas 70 obras. El capítulo más amplio del libro (pp. 157-233) está dedicado a la descripción de los esenios, las informaciones que sobre ellos poseemos, su historia, sus ideas y sus prácticas, y a presentar la comprensión del esenismo a la que ha llegado Stegemann, es decir como una «Unión de todo Israel», «la mayor organización religiosa del judaísmo palestiniense de aquella época», fundada por el Maestro de Justicia después de haber sido expulsado de sus funciones como Sumo Sacerdote por Jonatán y formada por siete de los grupos del exilio entre los que se habría refugiado el Maestro de Justicia y a los que había convencido a retornar a Israel y otros muchos que había permanecido en el país y que se les unieron en su regreso. A pesar de que Stegemann es catedrático de Nuevo Testamento en la Universidad de Gotinga, los capítulos dedicados a Juan Bautista («no fue ni un esenio ni su alumno espiritual») (pp. 235-252), sobre Jesús («En cuanto es todavía posible precisar, Jesús no tuvo ningún contacto directo con los esenios») (pp. 253-284), y sobre el Cristianismo primitivo (pp. 285-291), son menos detalladas y revolucionarias que el capítulo de los Esenios, y el capítulo final sobre el judaísmo rabínico (pp. 293-296) se limita prácticamente a referir la obra de G. Stemberger.

El libro de Stegemann es una verdadera mina de informaciones con tanta autoridad como conocimiento de causa, y en este sentido su libro es un verdadero *Sachbuch*. Pero Stegemann no habría sido él mismo si al lado de un gran número de hechos no hubiera introducido un sinfín de hipótesis para proporcionar una explicación lógica y coherente a los hechos. Estas hipótesis son, casi siempre, imaginativas, nuevas y audaces, y se hayan presentadas con una lógica que parece de hierro, aunque no por eso son verdaderas, y con frecuencia son completamente erróneas. En sí mismas estas hipótesis no presentarían un problema grave para el lector del libro, si Stegemann las hubiera presentado para lo que son, como hipótesis agudas e ingeniosas para explicar los hechos. En mi opinión, el problema real de este libro, y se trata de un problema de orden mayor que va más allá de las eventuales discrepancias de detalles, es que Stegemann no distingue claramente donde se acaba nuestro conocimiento de los hechos, y donde comienza la especulación sobre los mismos, y proporciona al lector desprevenido una reconstrucción, que se pretende histórica, en la que lo real y lo imaginario se encuentran mezclados inseparablemente. Es cierto que sin imaginación, toda reconstrucción histórica es imposible; pero al terminar la lectura del libro uno se ve obligado a constatar que la imaginación ha sobrepasado de tanto la evidencia disponible que la reconstrucción ofrecida ha perdido el contacto con la realidad. Citaré un solo ejemplo, al azar. Stegemann afirma seriamente (p. 228) que «un esenio tenía en el mejor de los casos veinte veces relación sexual durante los diez años a lo sumo

como media de vida matrimonial» (p. 220), una conclusión que deduce, entre otras cosas, de lo que presenta como un hecho, que «pocas de las mujeres llegaban a cumplir más de 25 años... Los hombres en cambio llegaban con frecuencia a más de 60 años» (p. 217)

El libro de Stegemann es un libro admirable que se lee casi como una novela, es un libro que cautiva la atención del comienzo hasta el fin, que enriquece nuestros conocimientos y que estimula nuestra imaginación. Pero es también un libro que rehusa obstinadamente el admitir los límites de nuestros conocimientos, límites impuestos por la naturaleza misma de los materiales de que disponemos. Estos materiales son tanto arqueológico como textuales, en la forma fragmentaria y limitada en la que nos han llegado, deben dejar necesariamente muchos interrogantes abiertos y muchas preguntas sin respuesta. Stegemann conoce todo lo que se puede conocer sobre los manuscritos de Qumrán, y tiene el mérito indudable de saber plantear a estos manuscritos todo tipo de preguntas interesantes; tiene también el mérito de ofrecernos una gran cantidad de respuestas ingeniosas, lógicas y plausibles a las preguntas planteadas; pero se equivoca al presentar estas respuestas como si se hallaran presentes en los textos y en las piedras, como se equivoca al ofrecernos una reconstrucción total mucho más detallada y completa de lo que la realidad de los materiales permite.

Florentino García Martínez

DE LANGE, NICHOLAS, *Judaísmo*, ed. Riopiedras, Barcelona, 1996, 210 pp.

«Hay muchas expresiones distintas de judaísmo, todas pretenden tener la categoría de auténticas, y a ninguna le reconocen las demás esa condición de manera definitiva»

Esta frase del epílogo puede darnos una idea rápida del talante con que el libro está escrito, y cuya principal característica podría definirse con dos palabras: claridad y objetividad.

Tiene claridad la obra en su planteamiento general porque no rehuye ninguno de los puntos conflictivos y los aborda con resolución. Tiene claridad porque es, evidentemente, fruto de una vivencia personal y de una elaborada reflexión sobre la propia vivencia y la de otros muchos a lo largo de la historia; y tiene claridad, en fin, porque patentiza un magnífico conocimiento de las fuentes y una muy personal asimilación de las mismas.

De Lange, profesor de Estudios Judaicos en la Facultad de *Divinity* (Teología) y de Lengua Hebrea en la Facultad de Estudios Orientales, en ambos casos de la Universidad de Cambridge, y buen conocedor del llamado judeo-cristianismo de los siglos I y II y de la patrística cristiana, manifiesta en el prefacio su intención de no hacer una introducción básica del judaísmo, ni una historia popular, ni mucho menos una apología, y anuncia que el concepto de tradición va a ser el hilo conductor de la obra.

Mi consejo al lector, ya desde ahora, es que comience el libro por el epílogo,